

Enrique Molina

Frente al Horacio de Rebeca Matte

CONSIDERACIONES SOBRE EL DEBER



QUE interesante trayectoria has llevado a cabo, viejo Horacio, desde tu origen hasta esta tu última encarnación en tierra de Chile! La leyenda heroica del Lacio, que primeramente recogiera Tito Livio en sus *Décadas*, que luego Corneille elevara a la gloria de sus clásicos alejandrinos, encuentra por el cincel de nuestra escultura una nueva y vigorosa consagración en estas apartadas playas del Nuevo Mundo. La obra de Rebeca Matte da a la cultura chilena un lugar de relieve en el encadenamiento de la cultura occidental.

Hondo, rico y variado es el contenido espiritual que se desprende de este trozo de mármol. En esa riqueza de sentido encontramos el primer soplo que llegó a inflamar la inspiración de nuestra genial escultora. Ella no podía dejar de ver que, al realizar su obra, tendría que prescindir de las formas suaves y dulces del contorno femenino, expresión preferida del arte, o de las formas regulares de un Apolo, en lo masculino.

Pero sintió la fascinación de la vigorosa sentencia que ha recorrido los siglos y su aguijón creador la llevó a infundirle en la plástica los relieves inmortales del arte. Así dió el aliento de la belleza a ese anciano severo y autoritario, con sus músculos y tendones rígidos, sus ojos llameantes y su gesto tenso e imperativo: actitudes necesarias para el alumbramiento de lo sublime espiritual en el orden trágico.

«Que muriese» está diciendo el viejo Horacio. Y pronuncia con esas palabras una sentencia que es como una primera fórmula del deber puro, concretado en este caso en el sacrificio por la patria en cuyas aras hay que entregar hasta la vida para servirla. La alternativa es inexorable: morir en el cumplimiento del deber antes que vivir con la afrenta de no haberlo cumplido.

Veinticinco siglos más tarde, entre las épocas del Iluminismo y del Romanticismo, un justamente célebre filósofo tedesco hará a la idea del deber puro objeto de una concepción acabada contenida en el imperativo categórico con los corolarios derivados de él que lo acompañan cual satélites necesarios de esa constelación ética, «Obra de tal suerte que la máxima de tu conducta pueda servir de ley universal». «Ni en ti ni en los demás no mires nunca al hombre como un medio sino como un fin en sí», dijo el maestro de Koenigsberg. Afirma con énfasis el filósofo el valor de la personalidad humana, desentrañando como sus esencias la libertad y la autonomía de su voluntad y proclamando que

sólo en la buena voluntad resplandece la categoría de lo digno. Valorízanse las cosas del mundo por medio de precios; pero no cabe al tratar de ellas hablar de dignidad: esta es la aureola exclusiva de la buena voluntad. No han faltado las críticas a estos principios, según veremos pronto; pero no por ello han dejado de permanecer como definitivos y fecundos hallazgos de la inteligencia humana en el campo de la moral.

Ignoro si Rebeca Matte haya recibido la influencia de Kant; pero me inclino a interpretar su obra como una superación de la de Corneille por encontrar en ella una actitud moral más absoluta y categórica. Bien sabemos que son dos obras de naturaleza distinta; poesía dramática la una, escultura la otra. Aquella realiza su existir en la fluencia del tiempo que pasa; ésta toma sus elementos del espacio que permanece. Aquélla comunica con la claridad y precisión del lenguaje clásico lo que quiere decir; ésta nos envía desde la fortaleza de sus vigorosas líneas plásticas, innúmeros rayos que llenan nuestro espíritu de sugerencias. En la tragedia del gran poeta francés el viejo Horacio pronuncia su inflexible «Que muriese» cuando, por lo que le refieren del desarrollo del combate entre los Horacios y los Curiacios, cree que su hijo ha huído sólo por salvar su vida. Debió morir por su patria; tal es la noble divisa. Pero al llegarle la noticia del astuto triunfo y de la muerte de los Curiacios no cabe más que el regocijo en su pecho de ambicioso patricio romano.

El «Que muriese» en la obra de Rebeca Matte lo entiendo como la expresión de un deber más puro y más absoluto, mas dentro de los dictados del imperativo categórico. El enérgico anciano de nuestra escultura parece decir: «Antes que no respetar la tradición de honor de sus padres, que muriese; antes que no jugar juego limpio y salvarse y triunfar por habilidad y listeza, que muriese; antes que prostituir el alma con el engaño, que muriese».

Schopenhauer y Max Scheler figuran en Alemania entre los más connotados críticos de la moral kantiana. La condenan por su excesivo formalismo. Particularmente para Schopenhauer el imperativo categórico es una concepción poco menos que absurda. Según el filósofo más representativo del pesimismo, los únicos fundamentos de la moral serían los sentimientos de compasión y justicia que surgen en el alma humana, la que, en lo demás, por naturaleza, sería fundamentalmente egoísta.

Pero observemos a estos filósofos que lo formal del imperativo categórico se deriva necesariamente de su condición de universalidad. Es un principio de lógica que a mucha extensión corresponda poca comprensión. La ley general de Kant es como el «Amaos los unos a los otros» y «Ama a tu prójimo como a ti mismo», practicadas sin el goce sentimental que estas divinas exhortaciones aspiran a llevar consigo. En el principio filosófico se destaca la norma: en las voces religiosas predomina expresamente el amor; pero estos llamados

al corazón humano son en realidad también formales. El amor propiamente dicho no puede ser incendio universal: es de ordinario fuego y luz para un solo ídolo. Existen, sí las satisfacciones de la caridad, de la filantropía, de las obras en bien de la humanidad; mas tales satisfacciones caben dentro de la divisa Kantiana.

Todavía podría observarse en relación con la doctrina de Kant que la moral, o si se quiere la moralidad, en cuanto fenómeno social y psicológico, es un hecho sometido a condiciones empíricas, lo que seguramente, en la esfera del empirismo, Kant no ha pretendido negar. La moralidad y virtudes de los individuos vienen a ser los hábitos que se logran desarrollar en ellos por medio de las prácticas y costumbres que canalizan su vida. Lo que de esta suerte no se consigue menos pueden conseguirlo aún las simples máximas. Estas cuando se muestran eficaces no son más que condensaciones conceptuales que sirven para dar cohesión a la tela de nuestras actividades. Una educación moral acertadamente organizada es en lo esencial el funcionamiento de un bien concebido conjunto de prácticas, ejemplos y disciplinas. Y esto se comprueba desde el hogar, desde el colegio, hasta con los ejercicios espirituales prescritos por Ignacio de Loyola.

Todavía puede hacerse al principio de Kant el cargo de que, por lo categórico y formal, permanece ciego, frío e indiferente ante ese anhelo fundamental del hombre de conquistar la felicidad. En efecto, corro-

borando su actitud, dice Kant: «La majestad del deber no tiene nada que hacer con el goce de la vida; el deber tiene su ley propia, su tribunal particular; y si no fuera así, si se quisiera mezclar una cosa con la otra, aunque la vida física pudiera ganar algo de este modo, la vida moral se desvanecería sin remedio» (1).

Pero esta distinción entre la felicidad y la moralidad no es una oposición irreductible y la razón pura práctica, la legisladora del deber, no pretende de ninguna manera que se renuncie a la busca de la felicidad sino sólo que, cuando se trate del deber, no se la tome en consideración. Así, tendiendo una especie de puente, dice más adelante nuestro filósofo: «La moral no es propiamente hablando, la doctrina que nos enseña cómo debemos hacernos felices, sino cómo debemos hacernos dignos de la felicidad».

Es claro que ni la moral del imperativo categórico ni ninguna moral puede pasar más allá. La felicidad es algo personal, existencial diríamos en el lenguaje de la nueva filosofía; es el resultado de una reunión de circunstancias y antecedentes favorables, entre los que figuran en primer lugar el temperamento y carácter de la persona; es como una momentánea y propicia conjunción de astros, de la cual casi todos los hombres desean que no esté ausente Venus. Pero estos momentos estelares son de continuo barridos por el turbión de los complejos acontecimientos de la vida que traen choques,

(1) Critique de la raison pratique. Pág. 160.

interferencias y conflictos. Los deseos, apetitos y pasiones surgen y bullen en medio de la contienda. A veces son también duras necesidades las que las circunstancias imponen. Y en el campo de batalla del alma quedan agonizantes o la supuesta felicidad o la moral. Mas, a menudo esta última, salvo,—bien entendido,—cuando se tiene la sabiduría de contentarse con la austera felicidad que procura el mismo cumplimiento del deber.

También cabe que se diga en forma metafórica que el imperativo Kantiano es algo tan abstracto, tan alto, que resulta para los hombres en su vida ordinaria como una norma sideral. Aceptamos del todo la metáfora. Efectivamente es cual estrella en el firmamento espiritual que viene creando la inteligencia del hombre y más inextinguible que las estrellas del universo material, pues alumbrará mientras exista el espíritu humano. La idea del deber puro, fundado en una norma autónoma de la razón, la idea de una voluntad libre, absolutamente legisladora de sí misma, fuera de toda sugestión del placer o del dolor, es un hallazgo que confiere al hombre una dignidad única. No deja de conferírsela por el hecho de que Kant haya creído indispensable completar su doctrina con los postulados,—postulados de la razón práctica,—de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. ¿No vemos que el hombre pasa por lo común su vida como un mero cazador y aprovechador de oportunidades? El principio del deber lo sustrae de este pobre rol de ser un juguete de

sus inclinaciones y de las procelas de su existencia. En medio de todas las inseguridades e inestabilidades que lo rodean le marca el deber una orientación invariable. Aunque abstracta y formal es en lo alto una luz guidora. Las agujas de los campanarios no son para subirse a ellas. Pero, fuera de ser un motivo de belleza, corresponden tal vez a una suprema necesidad: señalan quizá la existencia de algo inalcanzable e inaccesible, pero a lo cual el espíritu no puede dejar de aspirar. El imperativo categórico, el deber puro, es como la aguja lanzada a lo infinito de la fábrica moral que ha venido levantando la humanidad. Y como esa aguja en la torre sirve a la vez de pararrayos, el principio del deber puede dar al ser humano un espinazo moral de hierro que lo libra de caer abatido en los trances tormentosos.

La edad clásica de Roma, la edad de oro de Versalles, y los resplandores del iluminismo de fines del siglo XVIII se funden y refunden en el bello y austero mármol de Rebeca Matte para presentar con realce imperecedero la exhortación al deber.